

O LA FUERZA O EL RUBLO *

NICOLAI SHMELIOV

PRESENTACIÓN

Los sucesos que están teniendo lugar en los países de Europa Oriental han socavado las bases de muchas concepciones establecidas, a la vez que constituyen un gran desafío tanto en el plano teórico como político. No sólo vuelven a plantearse problemas fundamentales como la naturaleza del socialismo, sino que, es más, determinadas posiciones están poniendo en entredicho la posibilidad misma de la existencia de este sistema. Los planteamientos que en este trabajo presenta N. Shmeliov están tocando directamente estos temas. En esencia, su posición puede resumirse en lo siguiente: la economía de mercado constituye el único sistema eficiente de asignación de los recursos para lograr una economía dinámica. En su opinión, la intervención del Estado en el mercado, al impedir la libre formación de los precios, se traducirá en que la economía se alejará de la situación óptima. Es así que identifica cualquier mecanismo alternativo al mercado con el empleo de la fuerza en la economía. Por lo tanto, la economía del mercado es llevada al rango de orden natural, lo que recuerda el ya viejo planteamiento de Adam Smith de combate en contra de las regulaciones feudales porque están en contradicción con la naturaleza humana. Y además está decir que este planteamiento de N. Shmeliov también coincide con las corrientes liberales contemporáneas.

* Traducción de Gerardo Fujii. Artículo tomado de la revista *Znamia*, núm. 1, Moscú, enero de 1989. Los subtítulos son del traductor.

Sin embargo, el desarrollo de la producción mercantil tiene ciertas consecuencias que son naturales: el dinero, el capital, la concentración y centralización de la producción... O sea, que el problema no se puede reducir a una simple elección técnica del mejor mecanismo de funcionamiento de la economía dado que, seleccionado un sistema, esto tendrá consecuencias inevitables de largo alcance sobre la economía y la sociedad.

Y si a lo expuesto se le añade el planteamiento de N. Shmeliov de que la ampliación del mercado también debe hacerse extensiva a la fuerza de trabajo, ¿qué es lo que queda de la economía socialista? Marx diría que nada, que estamos hablando de capitalismo, dado que en este sistema no sólo los productos del trabajo son una mercancía, sino que también la fuerza de trabajo lo es.

Las alabanzas al mercado las presenta N. Shmeliov mostrando en forma aguda y descarnada las deficiencias con que ha operado la planificación en la Unión Soviética: ineficiencia en el empleo de los recursos, derroche, desequilibrios, la ausencia de un mecanismo interno que asegure el progreso técnico.

Dado que estos son problemas reales, el desafío que se le plantea al pensamiento socialista contemporáneo es el definir en qué consiste el control directo y conciente de la sociedad sobre la producción, cuáles son sus condiciones y requisitos, de tal manera que se alcance una gestión democrática y eficiente de la producción y que supere las contradicciones del capitalismo.

Gerardo Fujii G.

Algunas veces se escucha la opinión de que con la formulación de las principales orientaciones de la reforma del sistema político, el Partido Comunista de la URSS ha concluido, en esencia, la definición del programa de renovación de la sociedad y del plan estratégico de ofensiva en todos los frentes.

¿Significa esto que, por fin, todo lo tenemos claro? ¿Significa que ya, en forma precisa, sabemos no sólo hacia dónde vamos sino que, además, cómo llegar allá? ¿Significa esto que nos faltan por resolver sólo detalles, cuestiones tácticas, hacer correcciones de tiro inevitables

pero no tan importantes, por decirlo de alguna manera, “sobre la marcha”? Seguramente sería muy bueno que todo fuese así. Lamentablemente, todo está lejos de ser así. Y temo que no lo estará pronto.

En forma conciente no me referiré aquí a la reforma de nuestro sistema político. Éste es un gran problema en sí y no siento que sea lo suficientemente competente en él para entrar en una discusión seria. Pero la “renovación de la sociedad” no sólo es política y, para mí, economista de profesión, incluso no tanto política. Cualesquiera que sean los cambios políticos nuestra sociedad seguirá enferma si no logramos reformar el fundamento sobre el cual se basa nuestra vida económica y social. Y en esto estamos todavía muy lejos de los problemas puramente tácticos. Todavía no hemos resuelto, sólo hemos esbozado, sólo hemos señalado las cuestiones estratégicas más importantes para la “ofensiva en todos los frentes”. Evidentemente nos gustaría decir que ya todo está claro. ¿Pero qué beneficio nos traería el engañarnos a nosotros mismos?

I. PROBLEMA FUNDAMENTAL DE LA ECONOMÍA SOVIÉTICA

Y, en primer lugar, no está resuelto el problema fundamental de nuestra economía. Sobre qué bases queremos construir nuestro progreso económico, nuestro futuro económico: sobre la fuerza del poder o sobre aquello que, por todos los medios, hemos rechazado durante décadas, es decir, sobre el rublo, sobre el rublo duro, sólido y fuerte; el que fue, es y será la sangre vivificadora de toda economía normal, sana, sea hoy en día o hace cien o mil años.

Seguramente es dudoso que alguien discuta en forma seria que, en este sentido, tenemos una herencia dolorosa; incluso se puede decir, trágica: las ilusiones de los socialistas utópicos del siglo XIX y de los años previos a la revolución, la audacia y total permisividad del “comunismo de guerra”, el corto periodo de vuelta a la realidad de los años 20, los horrores, campos de concentración y la arbitrariedad sin control de la era de Stalin, el adormecimiento letal de la época del “estancamiento” cuando a todo el mundo pasó a serle indiferente todo y cuando el trabajo honrado y a conciencia pasó a ser, ante los ojos de la gente, si no una vergüenza, mínimamente algo muy cercano a la chifladura.

¿Cuál es la causa principal de que, durante décadas, nuestra econo-

mía fuese manipulada a su gusto por todos aquellos que no tuvieron empacho en hacerlo; de que durante tanto tiempo dieron tantos golpes de hacha sobre el cuerpo vivo de la vida de nuestro pueblo y, además, con todas las fuerzas? ¿Por qué la misma gente que nunca entraría en un reactor atómico con una barra de hierro (no sea que vaya a explotar), se introdujo sin dudarle un segundo, con la misma barra en la economía, lo que, como lo sabía cualquier campesino con sólo la escuela parroquial a sus espaldas, tendría consecuencias peores, más terribles que la detonación de todos los explosivos que hay en el país? ¿Qué fue esto? ¿Sólo la ignorancia de seminaristas mediocres, de practicantes de veterinaria, de colegiales inexpertos expulsados de todas partes por malas calificaciones? ¿O fue la voluntad perversa de personas enfermas, ávidas de poder, para las que todos los sufrimientos del pueblo fueron sólo un medio para arrebatar desde la mesa de la sociedad un trozo de pastel?

No lo sé. Y no seré yo quien responda a estas preguntas. Creo que será necesario que pase más de una generación para comprender quién es el culpable de todo esto: o gente perversa, o las tradiciones nacionales, o el azar histórico, o la maldición divina por pecados que desconocemos. Pero los hechos son los hechos y no los podemos eludir: por lo menos tres generaciones de nuestro pueblo crecieron convencidas de que el éxito económico del país depende de un bondadoso e inteligente secretario general; de la comprensión e iniciativa de nuestros ministros; de los esfuerzos de nuestros planificadores; de los buenos decretos y resoluciones, y, finalmente, de la honradez y fidelidad a su misión de nuestra policía; en suma, de cualquier cosa, menos aquello que ha determinado y determina el éxito en todo el mundo, pero no entre nosotros: de la capacidad vivificadora de la sangre del organismo económico del país y de la libertad de circulación por sus arterias y venas.

Poniendo la mano sobre el corazón, ¿cuántos miembros de todas las generaciones actuales de nuestro pueblo comprenden que las leyes de la naturaleza y las leyes de la economía son lo mismo? ¿Y que el hombre, con toda su arrogancia, con todo su engreimiento puede sólo conocer estas leyes, someterse a ellas, emplearlas, pero, en ningún caso, enfrentarse con ellas a golpes de puño o, lo que es peor, con una ametralladora? Pues es posible que reviente. Y reventaba. Y gracias a Dios que hemos sobrevivido, aunque mutilados y lesionados en nuestra inteligencia.

Entonces, ¿puede ser que ahora, cuando la economía del país está al borde de la catástrofe, finalmente lleguemos a comprender que nuestra tarea no es inventar algo fantástico, forzado, artificial y por ello condenado a la muerte desde su nacimiento, sino que *asimilar* aquello que la vida misma creó por nosotros en los miles de años de desarrollo de la humanidad, comenzando con el Antiguo Egipto y terminando con todos los países y pueblos que hoy están delante de nosotros? ¿Que se trata de aprender aquello que no hace mucho tiempo, ya en los años 20, sabíamos y podíamos no peor que otros pero que tan cruelmente nos fue arrebatado después de 1929, cuando comenzó esta pesadilla de la cual el país ha comenzado a despertarse hace sólo tres años?

O la fuerza o el rublo: nunca en la economía ha habido otra alternativa desde los tiempos de Adán hasta nuestros días. No fuimos los primeros (tampoco seremos los últimos) que tratamos de apostar a la fuerza. Las pirámides de Egipto permanecerán por siempre en la historia no sólo como monumentos a la vanidad del hombre sino también a cientos de miles de vidas humanas derrochadas. Roma se descompuso y murió, en primer lugar, porque su base económica —la economía basada en el trabajo esclavo— se pudrió. Las huestes de Pugachov* no hicieron entrar en razón a la nobleza rusa y ella, al fin y al cabo, recibió lo que se merecía por su estupidez y egoísmo animal. La colectivización y los campos de concentración de Stalin sembraron a nuestro país con millones de huesos humanos pero en lo económico nada dieron. Y todos los intentos de nuestros idealistas (o aventureros, cada quien que ponga el calificativo que más le guste) de quebrantar las leyes económicas, de sustituir el rublo por el garrote, de expulsar de la vida o de desfigurar hasta lo irreconocible el rublo, la ganancia, la competencia, los precios objetivos y el equilibrio del mercado, el interés y el crédito, las acciones y bonos, la bolsa de valores, el tipo de cambio real y la convertibilidad del rublo, el presupuesto sano y equilibrado, todos estos intentos, como ahora nos estamos convenciendo, tampoco condujeron a los resultados deseados. ¡Esto no puede ser porque nunca podrá ocurrir! El mundo se sostiene en lo que siempre se ha sostenido. Se puede gritar cuanto uno quiera, maldecir, dar golpes de puño; se puede fusilar a todos los economistas, pero esto no hace que las cosas cambien. Y tal como no ha habido en nuestro país un

* Líder del movimiento campesino ruso de finales del siglo XVIII (N. del T.).

buen computador, tampoco lo habrá, y tal como los anaqueles de las tiendas han estado vacíos, lo seguirán estando.

No hay otra alternativa, queridos compatriotas. No, si queremos vivir en forma decente. O entendemos esto o no lo entendemos. Pero entonces, tanto peor para nosotros y, como se dice, nos encomendaremos a Dios. Y no hay otra alternativa no porque en alguna parte se han atrincherado unos intrigantes y criticones perniciosos que han socavado la base de nuestra vida, o, lo que es peor, se les ha ocurrido vender nuestra graciosa patria al decadente Occidente, sino porque sencillamente en la naturaleza no existe otra cosa. La gente ha vivido antes que nosotros y seguirá viviendo después de nosotros. ¿Será posible que todavía no estemos suficientemente convencidos de que los estímulos al trabajo conciente y creador son, en todas partes, en todo el mundo, los mismos, sea en Estados Unidos, en Japón, en Europa o en las islas de Salomón? Sí, sí, los mismos. Incluso el reciente y todavía recordado por todos, intento en China (basándose en ciertas particularidades misteriosas del espíritu y del modo de vida orientales), de organizar la economía no sobre la base del dinero sino de la demagogia y del látigo, terminó, como se sabe, en el fracaso total. Y nosotros, con todo, por nuestras tradiciones y modo de vida estamos más cercanos a la civilización industrial que a China.

Es frecuente entre nosotros la afirmación de que el mercado en forma pura no existe en ninguna parte del mundo, más aún en los países industrializados. Esto es un error brutal, o lo que es peor, ignorancia o ceguera. Sí, hoy en todas partes el Estado trata de corregir el mercado; sí, los monopolios planifican su producción, luchan por el control del mercado; ¡pero del mercado y no de otra cosa! Todo el sistema de contratos gubernamentales en los países industrializados, todas las empresas estatales, todas estas fusiones, absorciones, acuerdos y lucha entre los monopolios, toda la actividad en el interior de la firma de las corporaciones nacionales y transnacionales, todo esto está basado en el dinero auténtico, en el mercado, en la competencia y no en la arbitrariedad de oficina de burócratas profesionales educados en el convencimiento de que toda la vida económica debe dirigirse hacia donde señale su dedo índice. Nada útil de lo que la historia económica ha acumulado por siglos ha sido dejado de lado por la moderna economía industrial. Y agregó: y no puede dejarlo de lado. Dado que el mercado y la división social del trabajo son *inseparables*, y cuanto más profunda sea la división del trabajo más amplio, profundo y rami-

ficado será el mercado. Y esto significa que también sus instrumentos: el dinero, el precio, los impuestos, las acciones, los bonos, el interés, el crédito, el tipo de cambio.

Querámoslo o no, nos guste o no nos guste, pero si nuestro destino nacional no nos es indiferente, si no estamos dispuestos a que dentro de corto tiempo nos transformemos en un país económicamente atrasado, dejando que nos adelante todo el mundo industrial, el rublo debe ser puesto en el centro de todo. Él y sólo él debe constituirse en el criterio del éxito económico. Él y sólo él debe ser la recompensa por el trabajo celoso. Pero, ¿y el espíritu del hombre? Dejemos que del espíritu del hombre se preocupen aquellos que tienen por misión hacerlo: los maestros, los escritores, los propagandistas, los jueces y los curas.

Hasta el momento, si no nos engañamos, la obstrucción del sistema circulatorio de nuestro organismo económico de ninguna manera ha sido superada y pienso que transcurrirá no poco tiempo antes de que la sangre pueda correr libremente por sus vasos. Hasta ahora en todo lo que toquemos nos encontramos con trombosis, intermitencias en las pulsaciones del corazón, son inservibles el hígado y los riñones, los que no pueden purificar la sangre de los residuos de la actividad vital.

La causa de que la sangre fluya tan débilmente por nuestro organismo económico es que no se ha liberado de dos enfermedades fundamentales, íntimamente relacionados entre sí: en primer lugar, el rublo no opera dado que ni la empresa ni la persona pueden gastarlo en lo que quieren, y, segundo, incluso este rublo endeble y decadente no le permite a la empresa ni a la persona ganar de acuerdo con la magnitud de su trabajo honrado y conciente. Y no les permite ganar no sólo porque estamos sofocados por el peso de los gastos militares sino que, en primer lugar, porque la ausencia de derechos económicos de las empresas y el nivel miserable de remuneraciones del hombre de trabajo es la principal condición social para el florecimiento de la burocracia. Esto le asegura una vida acomodada, la apariencia de un ocupación útil, el respeto a sí misma y la sumisión total de la sociedad. Es precisamente por esto que son posibles tales absurdos, que no tienen ninguna justificación económica, como el mantenimiento en el campo de tres millones de vigilantes del campesinado o la construcción multimillonaria de la inútil vía férrea Baikal-Amur, o la actividad derrochadora e irracional del ministerio de Recursos Hidráulicos cuyas inversiones serán recuperadas (y con dudas) en un plazo de entre 40 y 100 años, o los absurdos planes de construcción, cuando en el país

falta lo más esencial, de alrededor de 90 centrales hidroeléctricas las que, en el sentido económico, poco se distinguen de las pirámides de Egipto.

¿Podemos, sin dejar de ser un país socialista, emplear el rublo a plenitud? ¿Podemos asimilar y poner a plena marcha los mismos medios objetivos y los modos de organización de la vida económica que la historia desarrolló mucho antes de nosotros, y sin nosotros, y que con tal efectividad son empleados hoy en todos los países que nos superan por su nivel de desarrollo económico? Estoy seguro que podemos. Y podemos, en primer lugar, porque estos medios y modos son, por su naturaleza, profundamente técnicos, socialmente neutrales, útiles en toda sociedad basada en una profunda división del trabajo entre los hombres. Para el rublo es indiferente cuál es el objetivo metafísico supremo que persigue la sociedad: éste puede ser el reino de los cielos aquí, en la tierra, o puede ser la aspiración de sencillamente vivir mientras se pueda. Lo principal no es esto sino el hecho de si la sociedad está dispuesta a vivir, trabajar, alimentarse y progresar gradualmente y, en lo posible, no retrasándose con respecto a otros.

II. AMPLICACIÓN DEL PAPEL DEL MERCADO

En la naturaleza de la sociedad socialista, de la propiedad socialista, no hay nada que contradiga al mercado, al rublo, a las relaciones monetario-mercantiles. Desde un punto de vista puramente económico la empresa socialista de autogestión, rentable y que se autofinancia, puede construir su vida de la misma manera, sobre las mismas bases que cualquier otra empresa en todo el mundo, comenzando con su comportamiento libre en el mercado y terminando con su participación como accionista en el capital de otras empresas o bancos o compañías de seguros o de un socio extranjero. Lo fundamental consiste en que el colectivo de la empresa socialista sea efectivamente independiente, sea el propietario real, sea bajo la forma de acciones o de otra manera. ¿No les gusta la palabra "propietario"? Entonces que sea "poseedor" o "dirigente". El asunto no es de palabras.

¿Y cuál será en este caso el papel del Estado socialista, o, denominando a las cosas por su nombre, de la burocracia estatal? Su papel es extremadamente importante y necesario: definir las "reglas del juego" generales del mercado, planificar la estrategia de desarrollo

del país y de sus regiones, llevar a cabo los proyectos y programas de significación nacional y que están más allá de las fuerzas de empresas aisladas por más importantes que ellas sean. Pero también en este plano no hemos descubierto nada en el campo económico. Esto también existió antes de nosotros y seguirá existiendo después de nosotros. Así como también las otras funciones del Estado: el apoyo a la empresa débil que, por cualquier razón que sea, es extremadamente necesaria; la regulación impositiva de los ingresos excesivamente elevados que irritan a la sociedad; los gastos estatales en jubilación, educación, salud; el apoyo social a los débiles, marginados de la vida. No hay que cerrar los ojos ante el hecho de que hoy, incluso en Estados Unidos, que de ninguna manera es el país más caritativo del mundo contemporáneo, alrededor de 85% del gasto en todos los niveles de educación y de 75% del destinado a la curación de los enfermos es pagado con fondos sociales.

Sin lugar a dudas, en los tres años de la perestroika hemos progresado significativamente (especialmente en la teoría, en las palabras) en la comprensión de las verdaderas necesidades económicas del país. Gradualmente se han comenzado a esbozar los contornos del modelo de economía hacia el cual tenemos que movernos. El sentido común, al parecer, comienza lentamente a cercar al dogmatismo obtuso tras el cual, estoy convencido, en 100 casos de cada 100 se esconden intereses personales y egoístas de gente que desprecia todo y a todos, incluso a sus propios hijos y nietos, excepto a sí mismos.

Si los acontecimientos se desarrollan tal como se perfilan hasta ahora, hacia finales de la siguiente década no más de entre 12 y 15% de toda la producción del país (considerando el papel que se espera que juegue el sector individual y cooperativo en nuestra economía) estará abarcada por la planificación directa y compulsiva bajo la forma de compras estatales, es decir, lo que efectivamente es necesario en realidad, para el control centralizado de la defensa y de algunas otras ramas íntimamente ligadas a ella. La XIX conferencia del Partido Comunista de la U.R.S.S.* señaló el comienzo de la reducción de las funciones económico-operativas del partido. En conjunto con la liquidación del sistema de empresas agroindustriales distritales en la agricultura, esto significará desmontar dos o tres pisos de la monstruosa pirámide burocrática actual, la que casi ha aniquilado nuestro cam-

* Tuvo lugar a mediados de 1988 (N. del T.).

po. Al parecer, se puede también considerar en una perspectiva visible el desmantelamiento del actual sistema de ministerios para la industria y de su principal defecto: la total falta de responsabilidad económica de los ministerios ante las empresas que dirigen. Como se subrayó hace poco en un discurso bien fundamentado, “es necesario retornar al principio corporativo de organización de la producción y de la administración”. El futuro de nuestra economía son las sociedades sectoriales e intersectoriales voluntarias con aportes de sus miembros cuya responsabilidad recae en los colectivos de trabajadores y no en los que los dirigen.

Se ha puesto en marcha y comienza a ampliarse el movimiento cooperativo si es que, en último término, no es ahogado ya sea por los impuestos, por el control de precios o simplemente por el odio ciego e irracional y el sabotaje de las autoridades locales. Espero (más aún, estoy seguro) que el arrendamiento en el campo irá, paso a paso, superando la envidia de los vecinos totalmente degradados por el ocio, las amenazas de “provocar un incendio” y la oposición de la burocracia aldeana que, repentinamente, ha comprendido su propia inutilidad y el que está condenada. También son esperanzadoras aquellas tendencias como, al parecer, la conciencia generalizada de la necesidad del comercio al mayoreo de medios de producción, de la formación de empresas intersectoriales, los primeros casos de arrendamiento de empresas y comercios a colectivos de trabajadores, los por ahora primeros intentos de emisión de acciones de empresas industriales y agropecuarias, la aparición de los primeros bancos pequeños y el interés cada vez más notorio de las empresas de abrirse al mercado externo.

Y todo esto teniendo por transfondo el viraje en la política del partido con respecto a las necesidades materiales y sociales; al cambio de prioridades en el desarrollo económico del país, en la estrategia de las inversiones.

Pero todo esto, si nos referimos a una circulación normal en el organismo económico del país, es sólo el comienzo. No tenemos lo más importante que es inherente a toda economía normal que no se desarrolla aguijoneándola, a golpes de palo, sino por sí misma: *no tenemos mercado*. Un mercado único del país, integrado, en el cual nada —ni las prohibiciones administrativas, ni la arbitrariedad, ni las barreras en los caminos entre las regiones (¡como en el siglo xv!), ni los obstáculos organizativos, ni el monopolio de los productores, ni los precios deformados, ni el desamparo del rublo, ni la parálisis de los sistemas

financiero y crediticio, ni el régimen de cédula de identidad y de registro de domicilio— obstaculicen el libre flujo económico; es decir, el movimiento de mercancías, capitales y población. Y el mercado único integrado (dado que tanto el organismo económico del país como el sistema de sus vasos sanguíneos son indivisibles) incluye, ya que no puede dejar de incluir a todo lo económico, el mercado de medios de producción y de conocimientos científico-técnicos, el mercado de bienes de consumo y de servicios, el mercado de valores, el mercado de dinero, crédito y de divisas, y, finalmente, el mercado de fuerza de trabajo. Sí, sí, y también este mercado, pero considerando que sin un sistema de seguridad social estatal, sin una política estatal de empleo y de apoyo a los que buscan ocupación, este mercado no existe en ninguna parte del mundo y no puede existir. Consideremos que los sindicatos tampoco son una invención nuestra y uno puede esperar que, con el tiempo, ellos superarán el papel tan constreñido que desempeñan actualmente en nuestro país.

Todo este mercado único integrado (o todo este sistema de mercados orgánicamente relacionados entre sí) podrá funcionar sólo cuando a su servicio y para satisfacer sus necesidades, esté un rublo sólido que circule libremente y que le es necesario a todos y a cada uno de nosotros. Por otra parte, este rublo no es una novedad; lo teníamos en los años 20, y desde el punto de vista de la salud económica del país, éste fue, indudablemente, el logro más importante de la nueva política económica de Lenin. Y, a la inversa, puede ser que su destrucción haya sido el principal crimen económico de la época de Stalin, crimen en el cual, como en un espejo, se reflejaron todos los absurdos económicos de esa época.

¿Podemos restablecer en nuestra vida este rublo? Creo, incluso, que no se puede plantear la pregunta en otros términos: sencillamente, no tenemos ninguna otra alternativa. No se trata de que podamos, sino de que debemos restablecer un rublo con pleno valor. En caso contrario todo nuestro programa de la perestroika, todas nuestras esperanzas de sacar al país del adormecimiento, se frustrarán. Puede que nuestra economía se arrastre durante un tiempo por medio de estimulantes, del *dopping* o de agujoneos desde arriba. Pero, en este caso, no conservaremos ninguna esperanza de lograr un progreso económico y científico-técnico natural, autosostenido y que se dinamice a sí mismo.

¿Qué es necesario hacer para que el rublo comience a funcionar? Muchas cosas. Pienso que, por ahora, es posible señalar sólo algunas

líneas principales, en las cuales serán inevitables cambios importantes, estratégicos, si es que queremos llegar a contar con un rublo con pleno valor y que opere a plena capacidad. Evidentemente que hoy no existe ninguna posibilidad de predecir todas las complejidades y peligros que enfrentaremos en el camino. Pero también es cierto que, como en todo, en la vida lo principal consiste en que el movimiento comience y, posteriormente (por supuesto, si uno no se adormece), se podrá corregir y ajustar este movimiento sobre la marcha. Al parecer, con genios de las finanzas como Colbert o el conde Wite, lamentablemente, no contamos, pero, ¿puede ser que los podamos sustituir por el juicio de todos, colectivo?

Un rublo con pleno valor significa, en primer lugar, el equilibrio en el mercado, es decir, el equilibrio entre las mercancías y el dinero, entre la oferta generada en el país y la demanda efectiva. Significa también el equilibrio en las finanzas públicas, es decir, la ausencia completa de déficit en el presupuesto público o un déficit cuya magnitud sea aceptable para la sociedad (que confía en su gobierno). Finalmente, esto significa la libre convertibilidad del rublo a todas las otras divisas del mundo. Esto lo teníamos en los años 20. Pero nada de esto lo tenemos ahora.

El problema del rublo con valor pleno, del equilibrio económico general, es complejo y global y no puede ser resuelto sólo por medio de modificaciones parciales en determinadas esferas de nuestra economía, por más significativas que sean. Y en ningún caso puede ser resuelto rápidamente. Se trata de un proceso, y si no nos queremos engañar, de un proceso prolongado en el que el éxito final sólo será posible como la suma de éxitos parciales, incompletos, como resultado de un movimiento lento, perseverante, en todos los frentes, en el cual nada debe ser menospreciado, incluido lo más insignificante, si ello puede en algo contribuir al logro del objetivo final.

III. ESCASEZ

El *primer problema* del equilibrio económico es, evidentemente, el del grado de abastecimiento físico de nuestro mercado con medios de producción y bienes de consumo, es decir, el problema de las causas puramente físicas del actual déficit generalizado. Aunque esto parezca paradójico, me atrevo a afirmar que si no en su totalidad, por lo

menos en parte importante, este déficit es una leyenda adecuada para que la burocracia haya podido ocultar la prolongada parálisis progresiva del sistema administrativo y su propia incapacidad.

En la esfera de los medios de producción el déficit real, físico, existe sólo en ciertas ramas: se trata de ciertos materiales de construcción, papel, química liviana y productos de alta tecnología. Seguramente que se puede añadir algo más a lo mencionado. Pero de todo el resto —petróleo, metal, máquinas— herramientas, tractores, combinadas, etcétera, producimos, según criterios internacionales, bastante más de lo requerido para satisfacer cualquiera de nuestras necesidades racionales... , si no existiese una cantidad inconcebible de proyectos de inversión, más allá de todo límite, en los que todo escasea, capacidad instalada ociosa y un enorme parque de máquinas-herramientas parado, un sistema económico derrochador y dispendioso subordinado todavía al baluarte irracional del mecanismo de planificación, la mala calidad y el bajo nivel técnico de las máquinas producidas, el problema de las refacciones —inexplicable con argumento humano alguno— etcétera, etcétera. Entonces, al sanar nuestras enfermedades económicas la significación del déficit puramente físico de medios de producción pasa a ser insignificante. Lo fundamental no está aquí.

Tampoco es tan importante como se tiende a pensar la importancia de la escasez puramente física en el mercado de bienes de consumo. Existe efectivamente un déficit de automóviles, videocaseteras, puede que de computadoras personales y de refrigeradores y de algunos productos más, en los cuales nuestra industria todavía no ha crecido lo suficiente. Pero sí tenemos las suficientes navajas de rasurar, aunque, ¿qué loco está dispuesto a usarlas? A propósito, ¿alguna vez alguien pondrá atención en esta vergüenza nacional para un país que ha conquistado el cosmos? Tampoco existe déficit de zapatos ni de telas ni de confecciones ni de vajillas ni, incluso, de muebles, pero ¿quién quiere todo aquello con lo cual están llenas nuestras bodegas y tiendas? Por más exagerado que esto parezca, tampoco existe déficit en casi todas las variedades de productos agropecuarios; lo que sí hay son pérdidas monstruosas de ellos, que superan toda imaginación; pero esto es un asunto muy diferente.

Cabe esperar que con el tiempo, la nueva política estructural del Estado, el paso de las empresas al régimen de pleno autofinanciamiento, se liberará a nuestro mercado interno del poder omnipotente del mecanismo del derroche y, finalmente, obligue a las empresas a pro-

ducir no lo que sea y como sea, sino precisamente aquello que el mercado requiere y, en primer lugar, el mercado de consumo en masa. Existe la esperanza de que con el tiempo, el poder central pueda poner bajo control la espontaneidad de las inversiones incontroladas, y como resultado de ello será finalmente contenido uno de los principales determinantes de nuestra inflación reprimida; es decir, el desequilibrio en el mercado de consumo causado por la entrada en circulación del dinero que reciben los constructores de nuestros numerosos proyectos que durante 10 a 15 años no generan producto para el mercado, pero sí dinero. Puede ser que alguna vez recobremos el sentido y cerremos aquellos canales de inflación y de derroche de los recursos de la nación tales como la actividad del ministerio de Recursos Hidráulicos con sus casi dos millones de funcionarios que reciben salario pero que nada aportan al mercado. Puede que, finalmente, alguna vez podamos saciar el apetito de nuestra defensa. Puede que podamos reducir en forma significativa el número de nuestros administradores: como se sabe, son 18 millones, todos los cuales reciben salario, pero, ¿quién sabe cuántos de ellos son efectivamente necesarios para el proceso de producción? En todo caso, el aproximadamente millón y medio de choferes personales es seguro que no es necesario. Puede que también podamos cerrar mucho otros canales a través de los cuales entra dinero en circulación por el pago de salarios a personas que, ni directa ni indirectamente, aportan nada al mercado.

Podría ser. Pero todo esto requiere de tiempo y temo que ya no nos quede mucho. El mercado de consumo debe ser satisfecho en los dos o tres años siguientes. En caso contrario la población puede tornarse indiferente a la perestroika y nuevamente el país se sumergiría en el letargo. ¿Puede que en los próximos años logremos una mejoría sustancial en el abastecimiento del mercado, en primer lugar, en el mercado de consumo? Creo que sí.

1. Arrendamiento y cooperativas

Lamentablemente, poco se puede esperar de las empresas estatales dado que, aun bajo condiciones económicas ideales, ellas requieren de tiempo para el crecimiento. Incluso la meta actual de 6% de crecimiento en los sectores del grupo B (dejando sin resolver los problemas de calidad y el desinterés de los compradores por adquirir la producción nacional) difícilmente podrá, en el corto plazo, aligerar el cre-

ciente desequilibrio en el mercado de consumo. Sólo de dos fuentes internas es posible (pero, precisamente, posible) esperar un efecto importante: en la agricultura, del arrendamiento, de los contratos por tareas determinadas, y, en las ciudades, del sector de la producción individual y cooperativa.

Con respecto al arrendamiento y a los contratos se ha dado ya, en principio, el paso principal: se ha proclamado el pleno derecho que a esto tiene cada familia que lo desee así como la más pequeña cooperativa de producción, fijándose, además, un plazo de arrendamiento de entre 25 y 50 años y, en algunas partes, indefinido. Ahora comienza lo más pesado, lo más difícil: la lucha psicológica. Y para que los vecinos envidiosos y las autoridades locales poco inteligentes no sofocuen a los arrendatarios y a los pequeños colectivos que desempeñan tareas a contrato, ellos requieren hoy en día del sostén permanente e inequívoco del Estado. Este apoyo debe ser amplio: tanto en las condiciones en que son abastecidos y en la venta de sus productos y en el plano impositivo, como, incluso, en la defensa directa de sus vidas y patrimonio por parte de los órganos responsables del orden.

Tampoco puede dejar de inquietar el futuro del movimiento cooperativo en las ciudades. Ya se ha aprobado la ley sobre las cooperativas, y no es una mala ley. La XIX conferencia del PCUS y el pleno de junio del Comité Central del PCUS (1988), no dejaron lugar a dudas de que el partido está con las cooperativas. Pero...

Pero cuando todavía el movimiento cooperativo no ha podido recuperarse como es debido de los intentos del Ministerio de Hacienda de aplastarlo en su germen por medio de impuestos desproporcionados, que no existen en ninguna parte del mundo, surge un nuevo ataque. Se ha comunicado que el Comité Estatal de Precios trata oficialmente de prohibir a las cooperativas vender su producción a precios superiores a los fijados por el Estado. ¡Y esto considerando que nuestras cooperativas están sujetas a condiciones injustas, como si fueran enemigos, destructores del Estado, y no una fuerza que actúa a su favor! Todo lo que las cooperativas compran al Estado lo adquieren, en primer lugar, casi bajo cuerda, y segundo, los precios de las materias primas, materiales y equipo son entre tres y seis veces más elevados que aquellos a los cuales compran las empresas estatales. ¿Qué se tiene en mente con estas medidas? ¿Que las cooperativas van a vender con pérdida? Nuevamente el intento de ahogarlas, sólo que por otra vía. ¿Es posible que no esté claro que en este caso no se puede

hablar de ningún crecimiento del movimiento cooperativo? Se puede uno preguntar, ¿con qué propósito fue entonces necesario cercar el huerto si no se deja crecer nada?

No puedo creer que todo esto se haga sólo por falta de talento. No, los que proponen tales medidas son personas competentes, calificadas, y aún más, saben perfectamente lo que se proponen. Pero son motivo de inquietud, y no sólo y ni siquiera tanto, estos intentos absurdos, por no decir malintencionados. Pienso que, en definitiva, la autoridad central se decidirá en algún momento a dar un golpe sobre la mesa. ¡Esto no podrá dejar de ocurrir! Lo que más inquieta es la reacción hostil de parte importante de la población con respecto a las cooperativas. En realidad, se trata de un absurdo generalizado. Hasta el momento no podemos entender algo muy simple: *que el mercado siempre tiene la razón*. Se puede llorar y maldecir cuanto uno quiera, pero el resultado de cualquier medida administrativa prohibitiva es conocido anticipadamente: lo único que ocurre es que la mercancía desaparece totalmente del mercado. Si en el mercado se han establecido precios irriantemente elevados, esto significa que algo anda mal en la producción o en la venta de la mercancía; significa que hay que tratar de aumentar su oferta en el mercado y no poner en prisión al vendedor por cuya mercancía hay demanda y que es adquirida por la gente incluso a precios altos. Y ampliar la producción cooperativa, crear una competencia real, aguda, entre las cooperativas de productores y con ello reducir los precios exageradamente elevados, sólo es posible estimulando por todos los medios la producción cooperativa a través de condiciones adecuadas de abastecimiento, de franquicias impositivas, de la eliminación de todos los obstáculos administrativos a la organización y ampliación de las cooperativas. Todo esto es tan antiguo como el mundo, pero, lamentablemente, para nosotros es todavía algo nuevo. Y por ello pagamos por nuestra ignorancia generalizada: ¿cómo hacer para cambiarlo todo sin cambiar nada y sin ningún sacrificio?

¿Es ofensivo, nos da envidia el hecho de que los miembros de las cooperativas reciban tanto por su trabajo que es, en general, conciente, creador? No se puede vivir e incluso soñar con mejorar nuestra vida siguiendo el principio de que “es mejor que muera mi vaca antes de que mi vecino tenga dos”. ¡Hacia qué miseria humana, hacia qué bajos instintos se orienta nuevamente nuestra política! No hay que ahogar al miembro de la cooperativa sino elevar el salario del obrero fabril hasta el nivel de aquél. ¿Tramposos? Perdón, ¿pero dónde no los hay?

Me parece no haber escuchado que Rashidov* fuese maldecido en púlpitos y plazas. Pero con respecto a las cooperativas se ha hecho un escándalo tan grande que dan deseos de taparse los oídos.

Hoy día no se puede permitir ninguna guerra con los arrendatarios en el campo ni con las cooperativas de las ciudades: ni impositiva, ni de precios, ni administrativo-prohibitiva. En sesenta años hemos destruído físicamente o aniquilado moralmente casi toda la osadía, el espíritu emprendedor, la creatividad que tenía nuestro pueblo. Casi todo, pero afortunadamente no todo. Ha resultado que todavía existe gente audaz (aunque no siempre sea moralmente irreprochable) que está dispuesta a asumir el riesgo de iniciativas en los negocios que, aunque obrando con cuidado y dudando, tiene fe en los nuevos tiempos. ¡De modo que no la ahogemos, démosle la oportunidad de desplegarse! El Estado recibirá su parte (y recibirá mucho) cuando pueda, en los hechos, organizar sus asuntos. Y los precios de los productos de las cooperativas se reducirán por sí mismos cuando sus miembros comiencen seriamente a competir entre sí y cuando las empresas estatales bajo el régimen de autofinanciamiento también comiencen a reaccionar más rápidamente para no perder el mercado.

2. Importaciones de bienes de consumo

Pero hoy en día estas dos fuentes son insuficientes para satisfacer rápidamente el mercado de consumo, para que la situación mejore en forma sensible para todos, lo que podría convencer al hombre de la calle de la necesidad e inevitabilidad del proceso de la perestroika. Debemos mostrar toda nuestra capacidad, toda nuestra imaginación y todo nuestro ingenio para ampliar drásticamente las importaciones de productos de consumo masivo. Esto es en extremo necesario en el actual (y más difícil) periodo de transición de la perestroika, para lograr sostenernos durante los cuatro o cinco años que requerimos para que el nuevo mecanismo económico y la nueva estructura de propiedad comiencen a dar resultados reales. Según mis cálculos, para que la situación en el mercado de bienes de consumo mejore realmente durante estos cuatro o cinco años, es necesario incrementar las impor-

* Primer secretario del Partido Comunista de Uzbekistán en la época de Breshnev que permitió el desarrollo de un vasto sistema de corrupción (N. del T.).

taciones de bienes de consumo en, aproximadamente, cinco mil millones de dólares anuales.

¿De dónde sacar los recursos para esto si hoy apenas podemos con lo que tenemos, cuando, al parecer, sólo a finales del presente año logremos equilibrar nuestro balance comercial? Cualquiera persona conocedora de la situación económica externa del país diría que no tenemos estos recursos. Y estará en lo cierto, pero sólo bajo una condición: que todo en el futuro siga igual que como está ahora. ¿Pero si pensamos, si mostramos imaginación, si no insistimos en caminos trillados sino que busquemos nuevas vías?

No me refiero exclusivamente a las posibilidades de ampliar nuestras exportaciones aunque es probable que ellas puedan crecer en forma significativa si (abandonando previamente el irracional tipo de cambio actual) se autorizase a todas las empresas estatales y a todas las cooperativas a exportar su producción, sea por sí mismas o a través de grandes empresas comerciales. Por ejemplo, ¿por qué nuestras cooperativas no exportan ranas a Francia o no abren un restaurante ruso en Nueva York o Tokio, o no construyen varios hoteles de cinco estrellas en Moscú? Sólo hay que darles esta posibilidad y estoy seguro que se encontrará la gente y los asuntos marcharán, si, claro está, el ministerio de Hacienda no mata desde sus raíces esta iniciativa. Pero las posibilidades más amplias de aumentar nuestras reservas de divisas para incrementar las importaciones de bienes de consumo están en otra parte: en el cambio de la actual estructura de nuestras importaciones y en el empleo del crédito externo.

a) *Estructura de las importaciones*

En primer lugar es necesario modificar las prioridades de importación. ¿Por qué razón las importaciones de bienes de consumo manufacturados, incluso en los mejores tiempos, no superaron el 5% del total de importaciones del país en divisas cuando se sabe que la rentabilidad de ellas para el presupuesto estatal llega a veces a 1 000 y 1 500%? Esto es inexplicable desde el punto de vista del equilibrio de la economía y de la eficacia y estabilidad del rublo, dejando de lado las consideraciones morales de la política de limitar incluso las importaciones de medicamentos cuando, además, el Estado recibe tales ingresos del consumidor. Hoy en día no existe para el Estado nada más

beneficioso desde el punto de vista de los ingresos públicos que la importación de bienes de consumo, y no tiene ningún sentido aparentar que cualquiera de estas importaciones sólo daña los intereses estatales, que es una concesión obligada a los caprichos de la población poco conciente.

¿Qué es lo que en la actualidad importamos preferentemente? En primer lugar, cereales y carne; segundo, equipo industrial para nuevos proyectos (principalmente en la industria pesada); tercero, materias primas, materiales, componentes y refacciones para la producción en operación. De este último grupo, al parecer, poco se puede ahorrar; lo que está funcionando debe seguir funcionando. ¿Y con respecto a los dos primeros grupos. Por ejemplo cereales, en los cuales hoy (sin considerar el transporte) gastamos entre tres y cuatro mil millones de dólares anuales? Algunos presidentes de koljoses han propuesto la siguiente iniciativa: “¿Por qué el Estado compra cereal en el extranjero a 120-140 dólares la tonelada? Denos la garantía de que todo el cereal entregado al Estado que supere, digamos, el nivel de 1988 nos será pagado en divisas y que ellas quedarán a nuestra disposición. En dos o tres años estaremos en condiciones de proveer al país de los 30 millones de toneladas de cereal que le hacen falta.” Algunos especialistas dirán que ésta es una proposición absurda. Pero, ¿qué tiene de absurda? ¿Qué tiene de irreal si nos ponemos en la posición del sentido común del campesinado y no nos guiamos por todos los numerosos “no se puede” con los que durante 60 años nos han machacado? ¿No es ésta una fuente real de ahorro de divisas por medio de la cual se podría resolver la mitad del problema de la importación de productos industriales de consumo en masa, o el problema del equipo para nuestros proyectos industriales. Hoy día más de cinco mil millones de rublos convertibles en equipo están tirados, sin funcionar, por todo el país. Se oxida, pasa a ser obsoleto, es desmontado y... y sigue llegando. Puede ser que haya que detener este flujo durante los próximos cuatro o cinco años. Puede ser que haya que congelar los proyectos más dispendiosos, más pomposos, que tienen un largo periodo de maduración; cancelar aquello que todavía no ha sido pedido, pagado; suspender los nuevos proyectos en la industria pesada, dado que en este momento tenemos otras preocupaciones más urgentes, y los recursos liberados dedicarlos a la importación de productos de consumo masivo y a la modernización de aquellas ramas de la industria que producen artículos de gran demanda.

b) *Crédito externo*

Y, finalmente, el crédito externo. Ya he expresado en la prensa mi opinión con respecto a este punto, y los argumentos de mis oponentes en el tiempo que ha transcurrido desde entonces no me han convenido. Evidentemente que si suponemos que por los siglos de los siglos estamos condenados a ser sólo exportadores de petróleo y gas y que no tenemos ninguna otra perspectiva; que Dios nos condenó a vivir siempre de nuestras reservas de oro; que nunca podremos reducir el plazo de maduración de nuestras inversiones industriales desde 11 años, que hasta hace poco eran comunes, a uno y medio o dos años que son la norma en el mundo (¡y ya lo hemos reducido a 8 años y medio!) y por ello ni siquiera podemos pensar en créditos para inversión; que la producción para la exportación de nuestras empresas nunca será competitiva y, finalmente, que nadie en el mundo nos prestará dinero en serio, que siempre permaneceremos como parias del sistema financiero internacional, entonces sí, lo que estoy proponiendo es un disparate.

He aquí la opinión de una persona tan sensata y seria como la del destacado economista de Estados Unidos W. Leontiev, laureado con el Premio Nobel (uno de los autores del modelo del “milagro japonés”): “si vuestro gobierno toma crédito en especie no serán pocos los que lo criticarán. Pero es mejor que lo critiquen determinados opositores que una gran masa de gente”. ¡Aseguro que no nos pusimos de acuerdo! Sólo puedo agregar que en entrevista personal subrayó: “en el mundo hay dinero en serio. Evidentemente si hablamos del mercado financiero privado y no de créditos gubernamentales. Y ustedes recibirán este dinero si en forma franca y abierta presentan un programa elaborado, concreto, sobre sus necesidades de importaciones de bienes de consumo. Hablo de sumas que posiblemente sean del orden de 30 o 40 mil millones de dólares”.

¿Y con qué pagar después? Este problema depende de si confiamos o no en la seriedad de nuestros propósitos, en la necesidad y éxito de la perestroika, en la eficacia del nuevo sistema de estímulos creado en el país, y en la efectividad del nuevo mecanismo económico. Sólo bajo una condición no es posible endeudarse: si secretamente opinamos que estamos condenados a vegetar eternamente, que nunca nos saldrá bien nada, que nunca y en ninguna condición nuestros productos entrarán seriamente en el mercado mundial y que la “economía abierta” es el camino para todo el mundo, excepto para nosotros.

IV. REFORMA DEL SISTEMA DE PRECIOS

El segundo problema central del equilibrio económico es el del saneamiento del rublo, el de la estructura y nivel de precios (al mayoreo, al menudeo y a los que el Estado compra). Pero, además, éste es el tema más peligroso desde el punto de vista de la estabilidad social y política del país.

Posiblemente hoy en día son pocos los que nieguen la necesidad de reformar los precios. Sin la fijación de un sistema de precios objetivo, racional, y sin el paso de la mayor parte de la economía a los principios de mercado de fijación de precios, el nuevo mecanismo económico no podrá funcionar. Sin embargo, todo el problema consiste en cuál reforma de precios se introducirá en la práctica. Tengo la impresión de que ni los órganos de planificación ni las organizaciones ni los economistas tienen hoy una noción precisa acerca de las metas de la nueva reforma ni de los métodos para llevarla a cabo.

¿Qué es necesario en lo óptimo? En lo óptimo, la inminente reforma de precios tiene dos objetivos y tendrá que pasar por dos etapas para su realización.

1. *Etapas de la reforma*

La primera meta y la primera etapa es la nivelación de las principales relaciones de precios tanto al mayoreo, al menudeo como a los que compra el Estado. La segunda meta y la segunda etapa es reducir al mínimo la intervención centralizada en el proceso de formación de precios y el traspaso gradual al mercado de las principales funciones de fijación de precios, o sea, a la relación entre oferta y demanda efectiva. Actualmente producimos alrededor de 25 millones de artículos. En concordancia con esto, esa es la cantidad de precios que necesitamos. Es claro que ningún organismo centralizado, en circunstancia alguna, está en condiciones, simplemente físicas, de calcularlos. Objetivamente no existe otra salida real que la formación de precios en el mercado (conservando durante un tiempo bastante prolongado el control centralizado sobre algunas decenas o centenas de los precios más importantes).

Pero hoy lo principal para nosotros es el primer objetivo y la primera etapa de la reforma de precios: el establecer proporciones obje-

tivas en los precios que correspondan a las proporciones básicas del mundo. Uno de los lastres del sistema de dirección administrativa es la deformación arbitraria de prácticamente todas las relaciones fundamentales entre los precios de la economía. Como resultado tenemos precios artificialmente bajos en las materias primas, combustibles, alimentos, transporte, vivienda, y puede ser que en lo básico: en la fuerza de trabajo, al mismo tiempo que precios artificialmente elevados de las máquinas, equipo y todo el conjunto de productos industriales de consumo popular. En la actualidad es frecuente que nuestros precios sean tres o cuatro veces más altos o bajos que los mundiales. Pero hoy esto es un gran obstáculo para conducir a la economía hacia la vía del desarrollo intensivo y equilibrado.

Hace poco tiempo un respetado académico manifestó que incluso los *robots* son sólo una ruina para nuestra economía. En todo el mundo son beneficiosos, pero en nuestro país no. ¿Por qué? Porque considerando nuestro actual nivel de salarios, resulta sorprendente que no hayamos abandonado aun la rueda.

De acuerdo con esto, en lo óptimo el contenido de la etapa inicial de la reforma de precios deberá ser, en primer lugar, la eliminación de las deformaciones inadmisibles en los precios. Al nivel de los precios al menudeo ello significaría aproximadamente lo siguiente: que en lugar de la actual relación de dos rublos por kilo de carne, 50 rublos por un par de zapatos decentes para hombre, 700 rublos por un televisor a colores y 8 mil rublos por un automóvil, tendríamos una relación más real y ajustada a los costos reales y a las tendencias mundiales de cuatro o cuatro y medio rublos por kilo de carne, 24-27 rublos por un par de zapatos de hombre, 250 o 280 por un televisor de colores y cuatro mil por un automóvil. Es necesario entender en forma sensata que mientras no logremos semejantes relaciones de precios seguiremos viviendo en un mundo económico irreal, en un reino de espejos irregulares en el cual todo lo económico estará con los pies para arriba. ¿Se modificará como consecuencia de esto la estructura del consumo? Sí se modificará. Se reducirá la demanda de carne y aumentará la de zapatos y televisores. ¿Afectará negativamente esto a los jubilados y a todos los estratos de la población de bajos ingresos para los cuales el precio de la carne es, en la vida cotidiana, más importante que el precio de los zapatos, y con mayor razón, de los televisores? Pueden verse afectados si para ellos, especialmente para ellos, en el proceso de esta reforma no se estipula una compensación adecuada.

En segundo lugar, eliminar los subsidios estatales a los precios, y, simultáneamente, el impuesto a la venta como fuente de ingresos presupuestarios. En este caso las pérdidas de la población por la supresión de los subsidios a los precios, casi compensarán totalmente el pago en exceso que permanentemente se hace por los productos a los que se les aplica este impuesto. Actualmente los subsidios estatales al consumidor y el impuesto a la venta que percibe el presupuesto público son casi iguales. ¿Para qué este traspaso de dinero de un bolsillo a otro? Tanto lo uno como lo otro son una deformación y constituyen un absurdo en términos económicos. Si queremos tener una economía normal tenemos que renunciar a esta triste herencia del pasado. Me refiero aquí al impuesto a la venta sobre los productos industriales y no al impuesto que grava al alcohol y a las importaciones de bienes de consumo. Al restablecerse una situación normal en el comercio de bebidas alcohólicas y al ampliar en forma significativa la importación de bienes de consumo, estas dos fuentes legales de ingresos públicos serán suficientes para compensar al Estado todos los costos de la reforma de precios, incluyendo la compensación a los jubilados y a otros sectores de la población con bajos ingresos.

Evidentemente que esto no se traducirá en forma inmediata en la liquidación generalizada del déficit de alimentos. Más aún, es indudable que al comienzo esto reforzará la escasez en el mercado de bienes de consumo industriales considerando la magnitud de la demanda insatisfecha y las limitadas potencialidades de producción de nuestra industria que produce bienes de consumo duradero y no duradero. Crecerán las "colas" para adquirir zapatos, muebles, televisores, automóviles. Pero precisamente en este aspecto puede contribuir la ampliación significativa de las importaciones de productos industriales de consumo masivo, sin ninguna reducción de sus precios en un comienzo.

Todo esto es un costo inevitable por el saneamiento de nuestra economía, por el prolongado dominio del sistema de mando administrativo. Por todos los errores, incluyendo los históricos, se debe pagar. Y nosotros no podremos evitar este pago. Al mismo tiempo, esto servirá de estímulo adicional al Estado para que por fin se redistribuyan firmemente las inversiones en beneficio de las ramas de consumo de la industria, y poder comprar algunas fábricas productoras de electrodomésticos, una o dos fábricas adicionales de automóviles ligeros, etcétera. Evidentemente que el periodo de tránsito a un sistema de precios normal no será fácil. Pero si el objetivo de la reforma de precios va

a ser precisamente el saneamiento de la economía y no un despojo descarado a la población, la gente, sin lugar a dudas, lo entenderá. Especialmente si aparecen por lo menos algunas señales de mejoramiento en la situación del mercado de consumo.

De este modo, el ideal, aunque difícil, puede ser logrado. Sin embargo, el curso actual de los acontecimientos hace surgir la inquietud de que la reforma de precios no sólo no conseguirá los objetivos necesarios sino que, a la inversa, sólo hará más compleja la situación de nuestra economía.

La XIX Conferencia del PCUS ratificó nuevamente la intención de la dirección de llevar a cabo la reforma de los precios al menudeo de modo tal que la población no se vea afectada. Es indudable la importancia de esta declaración de que todo lo que el presupuesto público reciba por la supresión de los subsidios a los precios será retornado por el Estado a la población a través del correspondiente aumento en los salarios y jubilaciones.

Sin embargo, aun cuando esta intención se realice, al parecer será inevitable que la población se vea perjudicada. Por lo que se sabe, hasta ahora los comités estatales de planificación y precios están tratando sólo dos problemas: en cuánto aumentar los precios de los alimentos básicos y cuál debe ser la magnitud de la compensación correspondiente. Pero nadie se refiere a lo que ocurrirá al día siguiente de que los precios hayan aumentado y de que se haya pagado la compensación a la población.

Y esto será (y lo será inevitablemente), sólo la siguiente espiral en el aumento de precios, que inmediatamente afectará también a todos los precios restantes. Incluso con la compensación más justa, la población perderá indudablemente por el aumento de los restantes precios que no serán directamente tocadas por el aumento que se tiene en perspectiva. Además, dado que no se está considerando la correspondiente compensación por los depósitos en cajas de ahorro, esto reducirá en forma inmediata y aguda su valor real.

Es claro que en este momento, cuando los planes concretos de la reforma son mantenidos en profundo secreto, es difícil juzgar sobre la magnitud del eventual sacrificio de la población. Pero existe fundamento para suponer que incluso con la variante de compensación más generosa, el sacrificio para cada trabajador y jubilado será significativo. Si se considera lo inevitable de la escalada de precios y también la desvalorización de los depósitos en las cajas de ahorro, parece en-

tonces inevitable un descenso importante en el nivel de vida del país. A juzgar por los antecedentes disponibles, el Comité Estatal de Planificación y otras organizaciones permanecen en posiciones miopes, redistributivas. Su esencia puede expresarse aproximadamente de la siguiente forma: cerremos por tres o cuatro años los agujeros del presupuesto y luego veremos lo que pasa. Y si surgen complicaciones de carácter social, no es a nosotros a quienes corresponde resolverlas. Para eso están el Ministerio del Interior y la KGB.

No se puede cerrar los ojos ante el hecho de que la inmensa mayoría de los consumidores comunes y corrientes está decididamente en contra del aumento de precios, y que incluso las simples conversaciones acerca de la posible reforma de precios generan una creciente irritación. Y, lamentablemente, existen todos los fundamentos para esta irritación. Con demasiada frecuencia el consumidor fue engañado con semejantes reformas para que hoy, repentinamente, crea que esta vez el aumento de precios de los alimentos básicos favorece a sus propios intereses.

Muchos recuerdan la reforma del año 1947 que fue acompañada por la confiscación directa de los ahorros de la población, y el aumento de los precios a la carne y los lácteos en 1962 que no fue completamente compensado por el descenso en los precios a los bienes de consumo de origen industrial, y los múltiples aumentos de precios y tarifas en una gran diversidad de mercancías y servicios que tuvieron lugar posteriormente y que, a veces, ni siquiera fueron anunciados. Tampoco ha reforzado la confianza en el Estado la última medida con respecto al Berioska.* Además, todo el mundo sabe que permanentemente tiene lugar una inflación reptante, disimulada: el aumento de precios por reetiquetación que no es registrado por la estadística, y que el 2 o 3% anual de interés que reciben los depósitos en cajas de ahorro de ninguna manera compensa el encogimiento de los ahorros generado por este encarecimiento de facto de la vida.

La conciencia social tiene una carga inercial y sobre la reputación del gobierno influye hoy en día mucho más la triste experiencia de los abusos del pasado que las más francas intenciones del presente de terminar con estas arbitrariedades de una vez para siempre. La confianza de la población hacia el gobierno se conquista en años y aun en

- * Tiendas de productos importados para ciudadanos soviéticos poseedores de rublos convertibles que fueron suprimidas (N. del T.).

décadas, pero puede perderse en un instante. Y, lamentablemente, en los últimos años en la economía no ha ocurrido nada que refuerce la confianza hacia la política económica del Estado: las "colas" siguen siendo igualmente largas, los anaqueles igualmente vacíos y el nivel de vida no mejora.

En otras palabras, en la situación actual el gobierno no tiene ninguna posibilidad de ganar la campaña de precios. Por más cuidadosamente que sea preparado el aumento de los precios al menudeo, cualquiera que sea la campaña explicativa que la acompañe, cualquiera sea la compensación que reciba el consumidor, la mayoría estará, de todos modos, descontenta, y la confianza en el nuevo curso se verá seriamente minada. No es difícil predecir que después de la reforma a los precios al menudeo, la opinión generalizada y dominante sostenga que "toda la perestroika se ha reducido al aumento de precios".

Tampoco todo es fácil con respecto a la reforma a los precios al mayoreo y a los precios a los que compra el Estado. En esto no tenemos poca experiencia, y ella dice que pasado un cierto tiempo después del aumento de los precios de garantía de los productos agrícolas, por ejemplo, los costos de producción en la agricultura aumentan, de tal modo que muy pronto pasan nuevamente a ser poco rentables y después a generar pérdidas, por lo que nuevamente se hace necesario aumentar los precios. El mismo "ciclo de rentabilidad" se advierte en los sectores energético y productores de materias primas: la rentabilidad crece a saltos como resultado del aumento de los precios al mayoreo y después se reduce gradual e incesantemente por el aumento en los costos de producción, lo que plantea la necesidad de un nuevo aumento de precios, etcétera.

}
:

2. *Ciclo de rentabilidad*

Es conocida la causa de este ciclo. Son los sectores altamente monopolizados y cuya nomenclatura de productos se modifica rápidamente (bienes de capital, industria ligera, construcción, etcétera) los que tienen mayores posibilidades de modificar los precios. Aquí le resulta muy difícil al Comité Estatal de Precios revisar la fundamentación de los cálculos que presentan los productores. Hay muchos artículos nuevos y el comité es sólo uno. Por esta razón, casi siempre en estas ramas tiene lugar una inflación "reptante": una nueva máquina-herramien-

ta o equipo aumenta la productividad digamos que en 30% mientras que el precio se multiplica varias veces. Lamentablemente, el egoísmo colectivo y la deshonestidad no son de ninguna manera elementos menos dolorosos en nuestra realidad que el egoísmo individual.

A la inversa, en la agricultura, en la industria energética y en otras ramas productoras de materias primas en las cuales la variedad de productos es poca y se renueva en forma relativamente lenta, el control "desde arriba" sobre los precios es relativamente efectivo. Por ello estos sectores caen periódicamente en la categoría de poco rentables: mientras los precios de las máquinas y equipos que compran crecen permanentemente, los precios de sus productos permanecen estables por largo tiempo.

Es por ello que de plan quinquenal en plan quinquenal sobre la "arena de los precios" ocurre lo mismo: los precios de los productos finales y servicios se adelantan mientras que los de las materias primas se rezagan, lo que tiene como consecuencia que las ramas productoras de materias primas se transforman periódicamente en poco rentables o, incluso, generadoras de pérdidas lo que después, lo quiera uno o no, obliga a proceder a fuertes aumentos simultáneos en los precios. No se necesita ser profeta para predecir lo que ocurrirá dentro de 5 o 10 años después de la actual nivelación de los precios al mayoreo. Ocurrirá lo mismo que ya antes ha ocurrido: nuevamente los niveles sectoriales de rentabilidad se tenderán a alejar y otra vez será necesario nivelar los precios.

Es indudable que la reforma de los precios al mayoreo es necesaria como primera etapa, como punto inicial. Pero esperar un mejoramiento radical en este plano no es real hasta que no opere el mercado socialista de medios de producción (comercio al mayoreo), hasta que no sea destruída la actual posición monopólica del productor y funcione la competencia socialista.

Para la agricultura todo esto significa que los elevados costos de producción no sólo son resultado de la ineficiencia de las empresas agrícolas sino que, en grado aún mayor, obedecen a la agresión de precios de los organismos de planificación y de los ministerios de la industria que tienen una posición monopólica como proveedores de las máquinas, fertilizantes y materiales de construcción que requiere el campo. ¿Las vacas están pendiendo de hilos porque el costo es elevado o el costo es elevado porque las vacas cuelgan de hilos? Indudablemente que lo primero es correcto. ¿Qué trabajo con éxito, qué costo

racional se puede esperar de la mayor parte de las empresas si hasta ahora se las obliga a entregar casi todo el cereal a bajos precios, mismo que les es devuelto bajo la forma de combinadas a precios entre dos y tres veces más elevados? ¿Qué criterios guiaron a las oficinas correspondientes en 1988 para elevar los precios de los fertilizantes en 1.5 a 5 veces y los de las pésimas combinadas en tres veces? ¿Y quién se inquieta porque todas estas pérdidas de koljoses y sovjoses derivadas de los precios son posteriormente canceladas o cubiertas con crédito no recuperado? La limosna es una limosna y ella no tiene ninguna relación con el proceso de producción.

Precisamente aquí están las causas del círculo vicioso en la espiral de los precios de los alimentos. Y si no se resuelve este problema, si no se termina con esta transferencia de recursos desde el campo a través del mecanismo de los precios, no lograremos nada con la simple elevación de los precios a los cuales compra el Estado, más aún si ella es transferida a los hombros del consumidor. Si por lo menos el Estado percibiera un provecho de esta transferencia. Pero esto no es nada más que ajeteo y confusión. Un desplazamiento de dinero de un lugar a otro sin ningún sentido.

¿Existe una alternativa de trabajo a los planes actuales de la reforma de precios al menudeo, al mayoreo y a los que compra el Estado? Creo que sí.

3. Principios de la reforma de precios

Me parece que la variante alternativa debe partir de tres premisas. Primero, que la reforma de precios es necesaria e inevitable; segundo, que no debe tener lugar en un acto, sino que debe ser un proceso gradual, suficientemente lento, que debe comenzar con los precios al mayoreo y terminar con los al menudeo; tercero, que la reforma a los precios al menudeo debe llevarse a cabo en la medida que se vaya satisfaciendo el mercado de consumo y no antes de que los signos de tal satisfacción pasen a ser evidentes.

Hoy en día el Estado tiene la posibilidad real de, sin tocar por ahora los precios al menudeo, liberarse de la mayor parte de los subsidios a los alimentos que tan pesado lastre representan para el presupuesto público dado que el fuerte aumento de los subsidios estatales a los alimentos (de 20 mil millones de rublos a más de 60 mil millones entre

1982 y 1987) fue determinado, en esencia, por una causa: el aumento de los precios de compra, especialmente de los productos vendidos por las empresas débiles y deficitarias. Lo absurdo de esta medida es evidente: resultó que al que trabaja bien le pagamos mal y al que todo se le deshace en las manos, mucho.

Al parecer, hoy el Estado puede dejar de apoyar artificialmente a las empresas deficitarias, de incrementar artificialmente los precios a los cuales se compra su producción. No más del 30% de las empresas generan hoy en día el 80% de toda la producción agropecuaria del país. Y la apuesta debe hacerse precisamente a aquellas empresas que no requieren del apoyo artificial del Estado y que hoy en día necesitan sólo que se las libere del todopoderoso estamento administrativo que las ata de pies y manos.

Las empresas deficitarias, sin perspectivas, deben recibir una última ayuda del Estado bajo la forma de condonación de sus deudas (la que, además, en parte importante no surgió por culpa de ellas) y en lo restante deben ser dejadas a su propia suerte. Si pueden, que se fusionen con empresas más poderosas, que renten su tierra a pequeñas cooperativas o granjas familiares, que transformen sus campos en parque o cotos de caza; el Estado no debe preocuparse de esto. El abastecimiento de alimentos del país no depende de ellas y si estas empresas por sí mismas, sin apoyo estatal, llegan a poder sostenerse sobre sus propios pies, tanto mejor.

La posibilidad de reducir el costo de los productos agropecuarios está también directamente relacionada con el término del intercambio no equivalente mediante las tijeras de precios entre la producción comprada por el Estado a las empresas y lo que les vende: alimentos balanceados, fertilizantes, equipo, materiales de construcción, servicios de reparación, etcétera. De todas maneras todo lo que el Estado percibe de este intercambio desigual lo retorna a las empresas que operan con pérdidas a través de créditos no recuperados. Indudablemente la supresión del principio de los suministros obligatorios, el permitir conservar y elaborar la producción en las empresas y venderla en la medida que ellas lo necesiten, el paso del sistema de compras limitadas al de compras directas de fertilizantes y equipo también deberá mejorar la situación económica de los koljoses y sovjoses. También contribuirá a ello la liquidación del actual estamento administrativo obsoleto en el campo que, según algunas estimaciones, gasta entre la séptima y la octava parte de los ingresos agrícolas.

Ya hoy se plantea la posibilidad de reducir significativamente el costo de los productos agropecuarios por medio del amplio despliegue del arrendamiento colectivo y familiar. Por ejemplo, en la mayoría de las granjas familiares el costo de producción de la carne de cerdo está entre 0.70 y un rublo por kilo, y el de la de res entre 1.5 y 2.5. Sin embargo, apenas comenzamos a emplear esta reserva para abastecer al mercado. La experiencia muestra que no es extraño el caso en que la granja familiar tenga una productividad del trabajo entre 5 y 10 veces mayor a la lograda en las condiciones tradicionales.

Es importante subrayar nuevamente que en esta variante *alternativa* el restablecimiento parcial del equilibrio presupuestario, del cual tan justamente están ocupados el Comité Estatal de Planificación y otras organizaciones, puede ser alcanzado en condiciones de reducción importante de los precios al mayoreo de muchos productos que se entregan al campo (para el presupuesto esto será compensado con el corte en los subsidios a las empresas deficitarias); de caída o estabilización de los precios de garantía y, finalmente, de estabilidad en los precios al menudeo estatales de los alimentos básicos (los subsidios financiados con cargo al presupuesto por la diferencia entre los precios de garantía y al menudeo serán compensados al Estado por la supresión de los precios de garantía artificialmente elevados para las empresas débiles, ineficientes).

La agudeza del problema actual del déficit presupuestal no tiene, evidentemente, su única causa en los subsidios a los alimentos. Pero estos subsidios son un factor importante de este desequilibrio y estoy seguro que su influencia puede ser reducida al mínimo sin afectar negativamente al consumidor común.

Creo que en esta etapa lo más importante para nosotros es la reforma de los precios al mayoreo. Ella puede cumplir sus tareas fundamentales —igualar las condiciones en que actúan las empresas de diferentes sectores, permitir pasar a un sistema estable de relaciones impositivas entre el Estado y las empresas, y crear las premisas para la convertibilidad parcial del rublo— sin que durante un tiempo sea tocado el sistema de precios al menudeo. Tampoco la reforma de los precios al mayoreo deberán traducirse en el aumento generalizado de todos los precios: el aumento de los precios a los combustibles y materias primas deberá ser equilibrado con el descenso en los elevados precios de las máquinas y equipos.

No es necesario apresurarse con la reforma en los precios al menu-

deo. Mientras no logremos previamente abastecer al mercado con alimentos y bienes industriales de consumo masivo; mientras no se alcance por lo menos el restablecimiento parcial del equilibrio presupuestario; mientras, finalmente, no se le dé a la gente la posibilidad de ganar cuanto quiera y pueda y no lo que permita el dictado administrativo desde arriba, esta acción sólo socavará la confianza de la población en la perestroika. En última instancia no podremos evitar ni la reforma en los precios al menudeo, ni la modificación en las relaciones entre los precios de los alimentos, la vivienda, el transporte y los bienes industriales de consumo masivo. Pero por ahora en esto se puede y debe esperar.

Tenemos ante nosotros la experiencia positiva de Hungría y la clara experiencia negativa de Polonia en la reforma de precios. Contamos con la experiencia de China, país que se decidió a la reforma de los precios al menudeo sólo después de que durante ocho a nueve años se modificó radicalmente la situación con respecto a la satisfacción del mercado de consumo, y al cual, aun con esto, no se introdujo en un momento, sino a través de un proceso de cinco años. ¿Será posible que la experiencia ajena nunca nos pueda enseñar nada? ¿Será posible que estemos condenados a improvisaciones eternas después de las cuales rápida e inevitablemente tenemos que enfrentarnos a la realidad?

V. DESARROLLO DEL SISTEMA FINANCIERO

El tercer problema fundamental del cual depende el lograr el equilibrio en el mercado y el reforzar el poder de compra del rublo es el saneamiento y desarrollo de nuestro sistema financiero. Sus defectos principales son, hoy por hoy, en primer lugar, la creciente cantidad de dinero como bola de nieve, en manos de la población que no es respaldado por nada, ni por bienes ni por ser servicios. Segundo, el bajo desarrollo de nuestro sistema crediticio, la presencia de una gran cantidad de dinero temporalmente inactivo en manos de empresas y personas que no encuentra ninguna aplicación. Tercero, el creciente déficit del presupuesto público que, al parecer, ya se acerca a la marca de 100 mil millones de rublos y que es cubierto hoy en día por el método más insano, más peligroso: la impresión de dinero y el préstamo coercitivo en los hechos, de dinero de la población a través de las cajas de ahorro.

1. *Excedente de dinero*

En otras palabras, en el país existe demasiado dinero excedente y en cada año que pasa esta gigantesca montaña de dinero que pierde valor, sólo crece. ¿Cómo neutralizar este peligro, cómo “atar” este dinero, cómo detener la impresión de dinero? Y nuevamente sólo existe una salida: o la fuerza, la confiscación de lo que posee la gente, o el empleo del mismo rublo, con métodos normales y sanos, para incorporarlo a la vida económica, como fuente natural para aumentar los ingresos presupuestarios, y como posibilidad igualmente natural de reducción de los gastos. En otras palabras, hacer lo que ahora sabe y conoce todo el mundo pero que nosotros no hacemos o lo hacemos mal.

Evidentemente que, en principio, también es posible la confiscación. Estamos habituados a ella. Además, ella no requiere de una gran inteligencia. Repartir, quitarle al vecino, ahogar al que ha reaccionado, al que trabaja bien, al que algo ha acumulado es nuestra ocupación favorita. Pero se puede preguntar, ¿a quién confiscar? El depósito promedio en las cajas de ahorro es en la actualidad de alrededor de 1 500 rublos. ¿Significa esto confiscar a la anciana que ahorró para sus funerales? ¿A los pobres diablos que no tienen un rincón y que se esfuerzan y sacrifican para ahorrar y comprar un departamento? ¿Al obrero, ingeniero, maestro, médico que durante toda su vida han ahorrado para comprar un automóvil y que, por lo que parece, morirán antes de poder hacerlo? ¿Al pescador, al minero de más allá del círculo Polar Ártico, al coronel en retiro que durante un cuarto de siglo prestó sus servicios en los lugares más inhóspitos? ¿Al profesor? ¿Al artista, cuyas obras recién han empezado a ser compradas?

¿Quién es rico en nuestro país hasta el punto que no sea pecado confiscarle, sea abiertamente o a través de la reforma de precios sin ninguna compensación por el dinero que tiene acumulado en la caja de ahorro? ¿Los ladrones? Sí, ladrones. En realidad no son pocos. Pero tampoco hay que exagerar su importancia. Es poco probable que el dinero robado en el país supere actualmente el 10% de todo lo que la población tiene. ¿Y quién conoce un método puramente financiero, no policial, para quitar el dinero a los ladrones sin tocar a la gente honrada? ¿Y de qué confianza de la población en la perestroika se podrá hablar después de una confiscación generalizada?

En las cajas de ahorro hay en la actualidad más de 280 mil millones de rublos. Creo que nadie sabe cuánto dinero tiene la gente bajo

el colchón, aunque algunos expertos suponen que difícilmente su suma supera los 50 mil millones. De todo el dinero depositado en las cajas de ahorro se estima que entre 60 y 70 mil millones de rublos es dinero líquido (es decir, que puede ser sacado en cualquier momento si en el mercado aparece el producto que está esperando este dinero). El resto son, efectivamente, ahorros. Para neutralizar el dinero líquido, para compensarlo con mercancías existe sólo un camino sano: el aumento de la producción estatal y cooperativa de bienes de consumo de alta calidad (muebles, electrodomésticos, electrónica, todo tipo de servicios) así como también de las importaciones. Más aún, para la neutralización, para el empleo útil del dinero poco líquido, además del aumento directo de la producción, pueden y deben ser empleados también otros métodos de naturaleza puramente financiera. Y nuevamente aquí nada tenemos que inventar; todo ha sido inventado hace tiempo y es empleado con bastante éxito en el mundo.

A la gente no sólo se le debe vender materiales para la construcción de viviendas y casas de campo; es necesario venderles la tierra. A la gente hay que venderles no sólo motocicletas y automóviles, sino también camiones, motores eléctricos, tractores y todo el equipo agrícola que le es necesario. A la gente y a colectivos hay que venderle acciones y bonos de empresas industriales, agrícolas, de transporte, comerciales, de servicios comunales y otras. Hay que hacer renacer la casa de bolsa; éste es un gran invento técnico para reunir a aquellos que necesitan dinero y aquellos que cuentan con él. Estas instituciones no tienen ningún otro sentido superior. Muchos dirán, “¿para qué hemos luchado?, las acciones, bonos y rentistas son una vergüenza”. ¿Y no es una vergüenza recibir el 2 o 3% en las cajas de ahorro? ¿Y según qué criterios sociales y de clase el rentista que vive del 2 o 3% anual es mejor que el que lo hace con el 6 u 8%? ¿Que hay hijos y nietos que derrochan la herencia de sus padres y abuelos? También aquí hay una salida y no es necesario inventar nada. El impuesto a la herencia existe en todo el mundo, sólo que, evidentemente, no hay que imponerlo de modo tal que el padre prefiera antes beberse rápidamente todo lo que ha ganado que dejárselo a sus hijos.

Finalmente, nuestros banqueros y expertos en finanzas deben entender alguna vez que su misión fundamental no es buscar a aquellos que todavía no han eliminado, ahorcado, sino buscar dinero en todas partes donde lo hay o lo puede haber para movilizarlo de acuerdo con las necesidades del Estado. Temo que nada saldrá adelante mientras la

gente que dirige las finanzas estatales no comprenda y asimile una verdad muy simple conocida por todo el mundo, excepto por nosotros: para obtener mucha lana no hay que matar a la oveja; es necesario alimentarla y trasquilarla y mucho mejor si no se trata de una, sino de una manada. Hay que dejar desarrollarse al artesano, al miembro de la cooperativa y mantener el sentido de las proporciones al trasquilarlos impositivamente; ¡así se obtendrá mucha lana! Y cuantos más sean, cuanto mayor sea el volumen de sus operaciones, más dinero obtendrá el fisco. Todo el mundo sabe, excepto nosotros, que el avaro pierde dos veces. Mientras más rigurosas sean las condiciones en el archibeneficioso asunto de los seguros, en definitiva menos percibirá la caja fiscal. ¿Para qué pedir prestado secretamente a las cajas de ahorro aumentando la deuda pública? Mejor emitir abierta y ampliamente bonos de empréstitos estatales de largo plazo al 6 o 7% anual de interés. Considerando la rentabilidad media de nuestras inversiones de alrededor de 15%, ¿le conviene o no esto al Estado? La respuesta es obvia. Entonces no habrá necesidad de esconderse de nadie y el dinero dejará de ser guardado en baúles.

2. *Déficit presupuestario*

Me parece que para restablecer el equilibrio presupuestario lo más importante ahora no es eliminar los subsidios a los alimentos y otros bienes y servicios. No. Como se dijo, todo lo que el Estado gasta en esto lo recibe bajo la forma de impuesto a la venta mediante el alza artificial de los precios de los bienes industriales de consumo masivo. Son tres los problemas presupuestarios más agudos del momento: el impuesto a las bebidas alcohólicas, el impuesto a las importaciones de bienes de consumo masivo y los excesivos gastos del Estado.

Estoy convencido de que es necesario acabar con la campaña anti-alcohólica es su forma actual. El pueblo dice que esto es el “segundo Afganistán”, y de esta “guerra” es necesario salir cuanto antes. Esta sangría presupuestaria (que sólo le permitió ganar al destilador clandestino) socavó aún más la situación financiera del país y profundizó el desequilibrio del mercado. Consideraremos que hemos pagado para ganar experiencia. El restablecimiento de los ingresos fiscales normales de las bebidas alcohólicas, el aumento de las importaciones de bienes de consumo masivo y la supresión del apoyo a las empresas defici-

tarias en el campo a través de precios de garantía artificialmente elevados, le darían al presupuesto lo suficiente como para que todas las intenciones de los Comités Estatales de Planificación y de Precios de acorrallar al consumidor por medio de una precipitada reforma a los precios al menudeo perdieran toda justificación. Ello, con mucho, sería suficiente para liquidar el actual déficit en el presupuesto sin necesidad de la reforma de precios.

Este problema también tiene otra cara: los gastos presupuestarios injustificados. Su reducción o eliminación total también bastaría con creces para liquidar el actual déficit presupuestario. La defensa, los compromisos internacionales, los aparatos del partido, estatal y administrativo, los aparatos del orden y penitenciario, el sistema carcelario: tras las rejas o alambres de púas hay en nuestro país bastante más gente que en Estados Unidos. ¿Y qué trabajadores son éstos? ¿Será posible que por su naturaleza y comportamiento nuestro ciudadano sea más propenso a la delincuencia que el de Estados Unidos?

Y esto está lejos de ser todo. El presupuesto busca dinero y, al mismo tiempo, financia al ya mencionado Ministerio de Recursos Hidráulicos, lo que representa un gasto (incluyendo salarios) de 16 mil millones de rublos anuales, equivalentes a la sexta parte del déficit actual. El Ministerio de Energía continúa exigiendo (y recibiendo) dinero para los estudios de proyectos y construcción de nuevas centrales hidroeléctricas. Es interesante saber si alguna vez alguien de los niveles más elevados de la dirección de la economía ha pensado que la construcción de la central hidroeléctrica de Sayano-Shúshenskaia comenzó al parecer, en 1962, y todavía no se ha concluido. ¡Cuántas veces los miles de millones invertidos en ella podrían haber retornado en este tiempo, cuánto dinero pudo haber percibido el presupuesto! ¿Y se trata sólo de esta central hidroeléctrica? Y seguimos llorando por la falta de dinero. Dinero hay y bastante, lo que falta es aprender, de una vez por todas, a contarlo. Gracias a Dios que por fin se ha decidido renunciar a la fábrica de tractores de Elabuga. Significa que todavía no somos caso perdido y que cuando nos vemos en aprietos podemos contar el dinero. Quisiera considerar este hecho como el principio del saneamiento generalizado del pensamiento financiero en el país. Pero es difícil dejar de lado la impresión de que, a juzgar por la actual línea de las organizaciones responsables del estado financiero del país, estamos todavía lejos de ello.

VI. LIQUIDACIÓN DE LOS MONOPOLIOS

Desde mi punto de vista el *cuarto problema fundamental* del equilibrio económico y condición indispensable para crear un mercado único integrado en el país es generar un determinado exceso de oferta sobre la demanda, socavar al productor monopolístico en todas las esferas de la producción y mercados, desarrollar y estimular la competencia socialista. Ya hemos dado los primeros pasos en esta dirección. Los pedidos estatales a la industria en 1989 superaron levemente el 40% de toda la producción. También ha llegado el momento de renunciar totalmente o de reducir a un mínimo los pedidos estatales (entregas obligatorias) a la agricultura. Aunque no ha sido fácil, ha surgido una esperanza concreta de que en la primera mitad de los 90 entre el 60 y 70% de la producción de medios de producción del país será vendida libremente a través del comercio al mayoreo o por acuerdos directos entre los proveedores y consumidores. Pero todo esto es todavía insuficiente para socavar el poder absoluto de los monopolios socialistas en el mercado y no tenemos ninguna garantía ni contra la inflación reprimida como resultado del aumento de precios provocado por los productores ni contra la mala calidad de los productos.

Reconozco que a mi no me gusta ningún control sobre los precios de mercado. Pero comprendo que si ahora, cuando existe un elevado grado de monopolio en nuestra industria, liquidamos el Comité Estatal de Precios y dejamos la formación de precios a la voluntad de los productores directos (precisamente a ellos, dado que el comprador en nuestro país todavía no tiene ni derechos ni voz) sólo lograremos la repetición de la conocida "crisis de ventas" de 1923. El egoísmo ciego de los colectivos de productores es algo espantoso y sin un control centralizado sobre los precios fundamentales lo que ocurrirá es que los productores subirán los precios de todos los artículos hasta las nubes. El control de precios sólo puede ser suprimido cuando se cree un "mercado de compradores", es decir, un exceso estable, constante, de la oferta sobre la demanda de todos los productos, cuando la competencia sana pase a ser la norma y no la excepción. Cuando todos compitan entre sí: empresas estatales con empresas estatales, el sector de empresas individuales y cooperativas con la producción estatal, los artesanos y miembros de cooperativas entre sí. Y todos en conjunto con importaciones estables y libres, que son la norma para toda economía abierta, es decir, para una economía que no es aislada del mundo ex-

terno ni por barreras administrativas, ni por una divisa "cerrada", no convertible, ni por aranceles prohibitivos.

Si en la próxima década lo logramos, esto constituirá un gran éxito, una verdadera victoria de la perestroika y, por lo tanto, el retorno de toda nuestra economía al sentido común, al desarrollo autosostenido sin el empleo de estimulantes artificiales ni del látigo. Creo que algunos pasos importantes en esta dirección los podríamos dar ahora y no postergarlos para los años 90. En primer lugar me refiero a medidas que contribuyen al desarrollo del mercado tales como la elaboración de una legislación antimonopólica que cierre el paso si no a todos, por lo menos a los intentos más desvergonzados de monopolizar plenamente el mercado y de imponer su voluntad a los consumidores. También me refiero a la necesidad imprescindible para frenar las tendencias monopolistas de, aunque sea algo artificial, desmembrar las agrupaciones más poderosas en empresas independientes que se autofinancien y que produzcan el mismo bien o servicio. Creo, por ejemplo, que si Aeroflot tuviese algunos competidores (digamos que a nivel de las repúblicas) la situación no sería tan lamentable como lo es ahora. También debe darse un impulso adicional al proceso de formación de empresas intersectoriales, en otras palabras, al libre flujo de capitales entre sectores. Y, por último, nuevamente a lo que ya dije: importaciones, importaciones y más importaciones.

VII. TIPO DE CAMBIO Y CONVERTIBILIDAD DEL RUBLO

Y la quinta condición (última pero no por ello poco importante) para que el rublo tenga pleno valor y eficiencia es establecer un tipo de cambio real y su plena convertibilidad a cualquier divisa. Algunas voces completamente desesperadas proponen tomar ahora esta decisión y, como primera etapa, permitir a las empresas adquirir y vender divisas libremente. Creo que en este momento esto no es factible.

Sólo para introducir la convertibilidad parcial del rublo, o sea, su convertibilidad para las empresas (pero no para el hombre de la calle) es necesario, en primer lugar, concluir con la reforma de los precios al mayoreo y lograr el pleno desarrollo del comercio al mayoreo de medios de producción. Sin la reforma a los precios al mayoreo este problema es insoluble por el mero hecho de que las actuales relaciones

deformadas de precios impiden establecer un tipo de cambio del rublo más o menos real.

Como se sabe, el tipo de cambio actual fue fijado por una decisión arbitraria tomada por Stalin en 1950: tachó con un lápiz azul el cálculo de los especialistas según el cual un dólar equivalía a, aproximadamente, 14 rublos de la época, y escribió en lugar del número 14 un 4 diciendo algo así como que, según su opinión, “y esto ya es suficiente” ¡Caro nos ha salido después este lápiz azul! Sin embargo, los hechos son los hechos: aunque el tipo de cambio actual es irreal sólo podremos establecerlo más o menos exactamente cuando pongamos en orden los precios. Evidentemente que no será el actual de 68 kopecks por dólar, pero estoy seguro de que tampoco será el tipo de cambio especulativo de 7.5 rublos por dólar al cual en forma casi oficial se compran y venden los rublos, por ejemplo, en Berlín Occidental. Lo que sí puede vaticinarse ahora es que la devaluación del rublo hará las exportaciones más rentables para nuestras empresas y que las importaciones serán menos ventajosas que en la actualidad.

El comercio al mayoreo de medios de producción es otra condición necesaria importante para que el rublo sea internamente convertible, es decir, para que cualquiera que posea rublos, sea una empresa nacional o un socio extranjero, pueda, en cualquier momento, gastarlo en el país en lo que necesite. Actualmente ni el uno ni el otro tienen la posibilidad física de hacerlo.

Evidentemente que para tener un rublo convertible, por lo menos al nivel de las cuentas nacionales, es también necesario contar con reservas para equilibrar las fluctuaciones inevitables del balance de pagos. Tampoco aquí hay que esperar milagros. En nuestro país, como en cualquier otro, estas reservas se pueden acumular sólo a través de medios naturales, tradicionales: el aumento de las exportaciones, las reservas de oro, los movimientos de deuda, las inversiones extranjeras directas y el crédito externo. En este plano me parece extremadamente importante que por fin hayamos comenzado a modificar nuestra actitud con respecto al sistema financiero internacional y a sus organismos. Si se trata de jugar, entonces hay que respetar las reglas del juego, y esto no lo aprenderemos nunca si seguimos permaneciendo “orgullosamente solitarios” en el mundo.

Pero si la convertibilidad del rublo para las empresas puede ser alcanzada en el primer lustro de los 90, la convertibilidad plena, es decir, la convertibilidad para el hombre de la calle, si no nos hacemos

ilusiones, difícilmente podrá ser lograda antes de fines de la siguiente década. La causa es la misma: la convertibilidad plena del rublo es imposible sin un sistema de precios al menudeo real, en otras palabras, sin la reforma de los precios al menudeo. Y en esto, lo-repito, no debemos apresurarnos. Lo que está en juego ahora es mucho; la perestroika todavía no se sostiene firmemente sobre sus pies como para arriesgarse a liquidarla con un movimiento poco cauteloso.

VIII. ENEMIGOS DE LA PERESTROIKA

Pienso, si nos referimos al clima general en el cual se desenvuelve la perestroika, que en este momento sus dos enemigos principales son, en primer lugar, nuestra ignorancia generalizada en asuntos económicos, y en segundo, el sentimiento de envidia ciega que ha echado raíces profundas en muchos, si no es que en la mayoría de nosotros. Tanto un defecto como el otro no pueden ser superados rápidamente. Pero, no se puede cambiar todo sin cambiar nada. O finalmente adquirimos la capacidad de mirar de frente a nuestra realidad y a nosotros mismos, o, como ya profetizó P. Chaadaev, nuestro destino será por los siglos de los siglos servir a todo el mundo de ejemplo de lo que no se debe ni pensar ni hacer.

No, todavía hay muchas cosas que no están claras. Por ejemplo, ni siquiera está claro el siguiente problema: ¿qué estamos dispuestos a hacer en el futuro con aquella potente fuerza del progreso económico como lo es el individualismo, el espíritu empresarial, enérgico, de la persona que busca el éxito individual, incluyendo el éxito material? Como se sabe, el movimiento de la historia desde tiempos inmemoriales se ha apoyado en dos fuerzas: en el colectivismo y en el individualismo. De alguna manera hemos dominado o, más precisamente, estamos dominando la fuerza del colectivismo, aunque con un coeficiente de efecto útil no más elevado que el de la locomotora de Stephenson. ¿Y qué hacer con la aspiración al éxito individual? ¿O seguiremos caminando por la historia cojeando de un pie? Y, permítaseme preguntar, ¿cuán lejos llegaremos en este caso?

Queridos compatriotas, ha llegado la hora de reflexionar. La historia nos ha dado la oportunidad única de pensar nuevamente toda nuestra vida. Como se sabe, también Lenin reflexionó mucho acerca de estos problemas. Y el éxito extraordinario de la Nueva Política Eco-

nómica muestra que estas reflexiones fueron muy útiles. Encontró el modelo que nos permitió en los años 20 avanzar con los dos pies, no con uno. Y según cualquier criterio internacional, éste era un modelo eficiente, competitivo, abierto. Y lo que no es menos importante, un modelo socialista.

Me imagino la ira que suscitará en muchos el solo planteamiento de este problema. Pero, dijo un poco envidiable personaje de la literatura: “¿Qué hacer? ¿Hacer algo?” Comprendo que son pocos los que ahora desan no sólo contestar a esta pregunta sino siquiera reflexionar sobre ello. Pero temo que será inevitable el responder. Que nadie de nosotros podrá eludirlo.